

he vuelto a experimentar. En ese momento, el estudiante con quien veníamos en el tren, se dirigió a mí; y al verlo aproximarse, sentí que lo conocía, que lo había conocido muchos años antes, sin saber dónde ni cuándo. Su paso era firme y sin vacilaciones, como si marchara en las filas, y su mirada estaba fija a través de mí en algo más lejano y más alto.

—Y allá están durmiendo,—dijo con calma, en apariencia.

Me indigné, como si el reproche hubiera sido para mí.

—Olvida usted que pelearon como leones durante diez días.

—Y allá están durmiendo,—repitió, mirando siempre a través de mí, cada vez más lejos y más alto. Luego, se inclinó hacia mí, y señalándome con el dedo, añadió con la misma voz seca y tranquila:—Va usted a ver. Va usted a ver....

—¿Qué cosa?

Se inclinó aún más, sacudiendo el dedo significativamente, y repitiendo las palabras como si expresaran su idea completa.

—Va usted a ver, va usted a ver. Dígame....—y mirándome siempre tranquila y severamente, sacudió una última vez el dedo con gesto amenazador, desenfundó su revólver y se disparó un balazo en la sien. Y todo me pareció tan natural, que no tuve un sólo movimiento de horror o de extrañeza. Cambiando mi cigarro a la mano izquierda, me incliné sobre el cadáver, palpé la herida con los dedos y re-

gresé lentamente hacia el convoy.

—Se acaba de suicidar el estudiante,—dije al doctor.—Creo que todavía está vivo.

El doctor, mesándose el cabello con rabia, gruñó:

—¡Maldita sea!—Y ya no hay lugar. Aquel otro también se va a pegar un tiro dentro de un momento. Y, por Dios vivo,—gritó rabiosa y amenazadoramente, creo que yo voy a hacer lo mismo. ¡Sí!.... Pero, hágame favor, quítese usted. Ya no hay lugar. Puede presentar queja contra mí, si le dá la gana!

Y se alejó, gritando todavía. Yo me acerqué al que había dicho doctor que estaba a punto de suicidarse. Era un ayudante de ambulancia, y según creo, era también estudiante de medicina. Allí estaba, con la frente aplastada contra la pared del carro y el cuerpo sacudido por los sollozos.

—No lllore usted,—le dijo, tocándole el hombro tembloroso. Pero ni siquiera volvió la cabeza, y continuó llorando. Y su cabeza era tan joven y tan terrorífica, como la del otro estudiante que yacía allí en la llanura, de cara a la noche; y su postura era absurda, con las piernas abiertas, como si estuviera ebrio, y tenía el cuello cubierto de sangre; probablemente se lo había desgarrado con sus propias uñas.

—¿Qué pasa?—dije impacientemente.

Se desprendió del carro, e inclinándose, como viejo, con la cabeza caída sobre el pe-

cho, se lanzó hacia la obscuridad, lejos de nosotros. Sin saber lo que hacía, lo seguí, y caminamos por largo rato, sin dirección, alejándonos del convoy. Creo que iba llorando, y un inmenso sentimiento de compasión se apoderó de mí, y sentí también ganas de llorar.

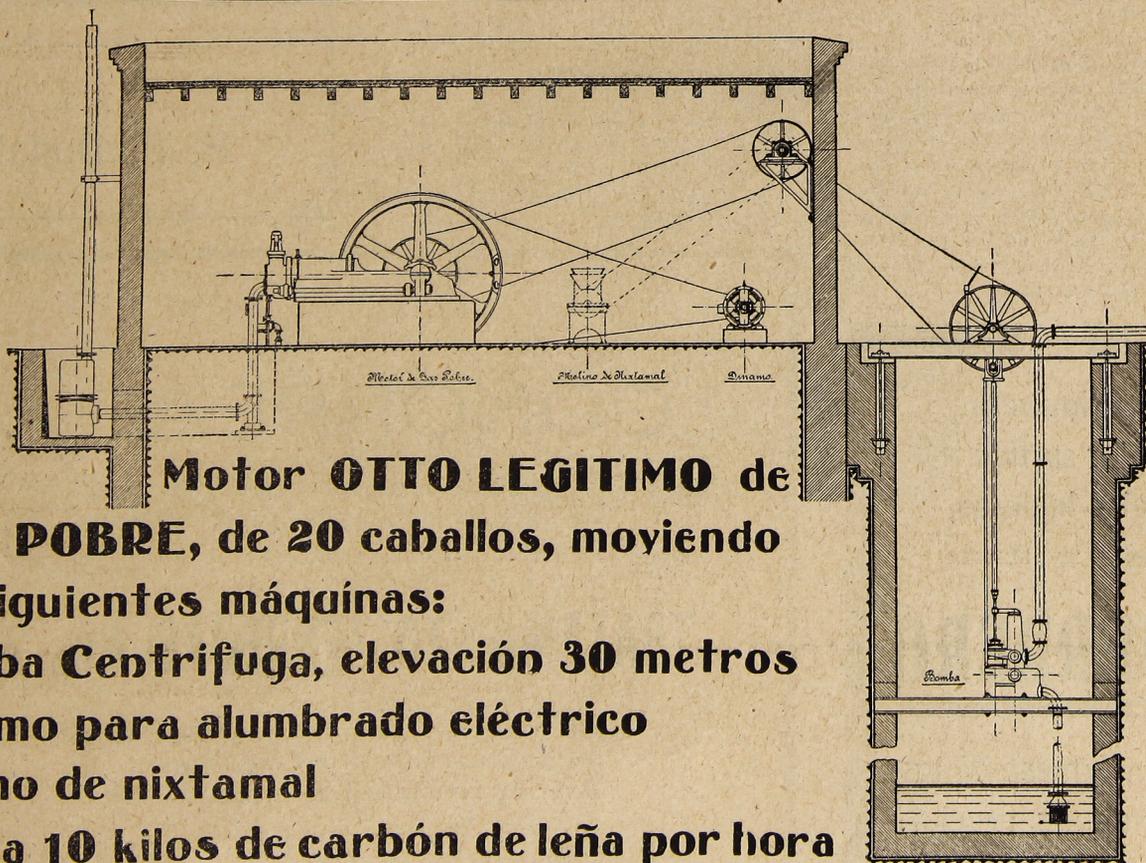
—Párese,—le grité,—deteniéndome.

Pero él siguió adelante, moviendo pesadamente los pies, inclinado hacia el suelo. Y pronto se perdió en el resplandor rojizo que parecía luz y no iluminaba nada. Y me quedé solo. A mi izquierda, se arrastró lentamente una fila de luces opacas; el tren. Y me quedé aún más sólo, entre los muertos y los moribundos.

¿Cuánto tiempo permanecí allí? A mi alrededor todo estaba quieto y muerto; pero más allá, la llanura se movía como si estuviera viva,—o así me parecía en mi soledad. Y el calosfriante quejido continuaba en toda su intensidad. Se extendía sobre toda la tierra, sin esperanza, como el grito de un niño o el aullido de miles de perros moribundos y hambrientos. Como una aguja de hielo, filosa y delgada, sin principio ni fin, se introducía en el cerebro, y allí se movía lentamente, hacia delante y hacia atrás, adelante y atrás....

FRAGMENTO VI.

.... Eran nuestros propios hombres. Trás la extraña confusión que reinó durante un mes tanto en nuestro ejército como en el



Motor OTTO LEGITIMO de GAS POBRE, de 20 caballos, moviendo las siguientes máquinas:
Bomba Centrifuga, elevación 30 metros
Dinamo para alumbrado eléctrico
Molino de nixtamal
Gasta 10 kilos de carbón de leña por hora

Gía. de Motores Deutz "OTTO LEGITIMO" Ltda. Sucursal México.

1a. Capuchinas No. 7.

Teléfono Ericsson 121-13.

Apartado 2526.